

de su querer, sin esa eterna estrella polar de sus aspiraciones, corre sin freno por todos los vicios, cruza por todas las sendas de la iniquidad, rueda y se precipita en todos los abismos. Porque Dios con su austeridad inflexible contra el vicio y con su eterna pasión por el bien, es el gran sostén, la palanca divina que sofrena la voluntad, creando y manteniendo así el equilibrio progresista en mundo moral. Pero suprimido ese Dios, quitado ese sostén y rota esa palanca por la mano del ateísmo, el vicio, la iniquidad y todos los abismos de la esfera moral, son el paradero lógico de la voluntad.

No idealizo, señores; ahí está el panorama tristísimo de los progresos ateístas: la autoridad paterna maldecida y renegada por quienes nunca debía serlo: la generación del porvenir sumergida en el abismo de la escuela sin Dios; el bandolerismo abanderado sin respeto alguno á la propiedad ajena; la revolución que no conoce los encantos de la paz porque ha perdido su noción; el asesinato armado siempre de un puñal que no se sacia nunca de hacer correr la sangre; la prensa que bomita cieno y parece un respiradero del infierno; la cátedra cuyo dogma es la impiedad y cuya moral tristísima es el vicio; toda esa gangrena, en fin, del cuerpo social tan trabajado por nuestro sistema, y cuya organización tiene por cúpula brillante un Estado que levantó su tribunal y su mesa directiva, volviendo las espaldas á Dios. ¡Oh progreso ateísta, con qué villanía tan lujosa das la muerte y haces desgraciado al hombre!

El ateísmo, señores, no sufre que prosigamos en esta clase de abrumadores descargos; por esto, cuando más empeñados nos mira en ellos, abre sus labios para lanzar un mentís en contra nuestra, y, con vocería estrepitosa, nos muestra la multiplicidad y la mejoría de los caminos de hierro, los buques de vapor, las escuadras navales que aún sin batirse imponen terror, la comunicación salvando las mayores distancias con una velocidad superior con mucho á la del rayo, el alum-

brado en armonía con las últimas conquistas del genio, los palacios fabulosos de la industria, las bolsas de mayor celebridad, los bancos repletos de asombrosa riqueza, el numerario dando lecciones á la abundancia, el capital dando cátedra de ascenso, el comercio diciendo hasta donde puede llegar su actividad, las especulaciones haciendo gala de combinaciones atrevidas, la sociedad en fin, rivalizando en trajes, festines, muebles y habitaciones. He aquí la grito del ateísmo, y, mejor dicho, el despropósito de que tanto se ufana en contra nuestra.

¡Pobre ateísmo! Pobre ciertamente, señores; porque con todo ese cúmulo de adelantos que me complasco en reconocer, sin convenir por ello en que sea obra suya, no se ha hecho sino construir al estilo moderno, embellecer y dar lustre al pedestal magnífico sobre que debe aparecer coronada de refulgencia la majestuosa figura del hombre. Y el ateísmo, inconsecuente consigo mismo, y apropiándose lo que seguramente no le pertenece, nos muestra un palacio destinado á servir de habitación á un bárbaro, el palacio deslumbrador de los adelantos materiales habitado por el ateo, por el hombre que rompiendo con Dios, y, en consecuencia, con la sana moral, vive la existencia del salvaje, y acaba su vida con el bramido de la bestia en la boca y con la desesperación del precito en el corazón.

Mirad, señores, cómo el despropósito del ateísmo vuélvese una cuchilla muy filosa con que se da la muerte. Quiso contestar á nuestra pregunta sobre los progresos morales que ha realizado en el hombre, con la impertinencia de los adelantos y de las conquistas materiales del genio, y delante de un cuadro muy esplendoroso por cierto, déjase ver en vergonzoso relieve toda la real miseria espantosa que ha labrado en el hombre mismo, en el hombre sobre quien de manera especialísima, sobre quien inmediatamente recayó la consagración divina del progreso: "Crescite."

No hay para qué hacer más tiempo en este punto, señores; os he dado la verdadera respuesta del ateís-

mo sobre sus progresos morales, no sin dar oído á su despropósito sobre los mismos. Del contesto de la primera y de la necedad impertinente del segundo, infiérese que, por lo que hace á la voluntad humana, el ateísmo es la ruina, el envilecimiento, la desgracia y la muerte del hombre.

Vengamos á su valor científico en que acaso sea menos funesto.

Acabamos de visitar un mundo de rectitud, de honradez y de bondad, el mundo moral que se ha convertido y siempre se ha de convertir bajo la mano del ateísmo, en un abismo de miseria, de rebajamiento y de barbarie. Entramos ahora en una región de luz, de claridad y de refulgencia intelectual, el mundo de la ciencia, con la intención de observar lo que puede hacer y lo que realmente ha hecho con él nuestro sistema. Lo primero, nos lo presenta de un solo golpe de vista su primitivo y único procedimiento, la supresión de Dios. Lo segundo, está para siempre consignado en el estado que guardan los diversos ramos del saber, después que han recibido el hálito progresista del ateísmo.

Sin embargo, para mayor claridad del examen que tenemos en ánimo hacer sobre lo que vale científicamente nuestro sistema, es de urgente necesidad actualizar las doctrinas universalmente sostenidas en cuanto á la naturaleza de la ciencia. Ellas, comparadas con la fisonomía del sistema, nos dirán mejor lo que puede; y colocadas en presencia de sus resultados, nos manifestarán sin ambigüedad alguna lo que realmente ha hecho.

“Es la ciencia un conocimiento cierto y evidente de un conjunto de verdades secundarias enlazadas con las primarias.” Se dice conocimiento, porque ciertamente saber es conocer, aunque no todo conocimiento es ciencia. Se añade: cierto y evidente, porque siendo este conocimiento, según las últimas palabras de la definición, acerca de verdades que guardan estrecho enlace con otras, y siendo éstas ciertas y evidentes porque

son los principios, ciertas y evidentes deben también ser aquellas que son las conclusiones, siendo así que todo efecto participa la naturaleza de su causa. Resulta de aquí últimamente, que la certeza y evidencia de las conclusiones deben á su vez producir certeza y evidencia en el entendimiento que las aprende, siendo por esto la ciencia un conocimiento cierto y evidente.

Dilatadas reflexiones y mucho tiempo serían menester para dar á esta definición todo el desarrollo que puede recibir y cuya utilidad en el asunto que nos ocupa es manifiesta. Baste sin embargo lo dicho, para convencernos de que la ciencia no sufre las tinieblas ni se conpadece con los misterios; es por el contrario luz clarísima y certeza sin sombra, certeza y luz engendradas en el entendimiento por las conclusiones, y radicadas últimamente en la certeza y luz de los principios.

Ahora bien; esos principios que flotan sobre la esfera de los conocimientos humanos, de donde toman éstos todo el brillo encantador que ostentan, son las estrellas del cielo de la razón, luminares perpetuos jamás eclipsables, que un día encendió la mano de Aquel que, siendo por sí mismo luz eterna y verdad sin principio, estampó en ellos un reverbero de su verdad y luz infinitas. Así lo ha enseñado siempre la mejor de las filosofías, la filosofía católica; y en verdad que tiene toda la razón de su parte, pues la luz creada supone la increada, la verdad natural supone la sobrenatural, de la misma manera que lo menos perfecto supone lo más perfecto, y lo que es por otro, lo que es por sí.

De manera que los principios, origen altísimo de todos los conocimientos humanos, son luz de luz y verdades de verdad, luz creada de la luz increada, y verdades naturales de la verdad sobrenatural. Y así como el entendimiento padece lamentables extravíos cuando aparta su vista de la luz de los principios; de igual manera, los principios palidecerán, perderán todo su brillo desde el punto mismo en que se haga supresión de Dios,

luz eterna que los alimenta y verdad sin eclipse que mantiene su brillo.

Nos hemos colocado ya, señores, en una altura desde donde podemos no digo conjeturar, sino señalar con precisión lo que puede hacer el ateísmo en la esfera de la ciencia. Apagada la luz de Dios, atentado que caracteriza y constituye la especial fisonomía de nuestro sistema, relegado al olvido ese dinamo divino y roto el gran circuito de las relaciones de nuestro entendimiento con la Divinidad, tiene que apagarse por el mismo hecho toda luz intelectual, la ciencia flaquea por su base y cae por tierra, hecho mil pedazos, el grandioso edificio de los conocimientos científicos del hombre.

Conocimientos científicos he dicho, nótese bien; acerca de éstos el ateísmo hará indudablemente que la obscuridad reemplace á la claridad, que las tinieblas vengan á sustituir á la luz, y que la noche congojosa del error tome asiento, allí donde lo tenía la serenísima intuición de la ciencia.

En efecto: esta clase de conocimientos conforme á las indicaciones filosóficas que hace poco dejamos asentadas, están caracterizados en primer lugar, por su punto de partida; y en segundo, por su resolución en los principios de que proceden.

En cuanto á lo primero, estos conocimientos, debe asegurarse, son efectos unívocos de la luz, antorchas encendidas por otras antorchas, mundos de claridad que se han visto surgir á raíz de otros mundos también de claridad.

El entendimiento llevando en su mano, permítaseme la expresión, la tea luminosísima de los principios, franquea los mundos del misterio, recorre la esfera de lo desconocido, y levanta el velo á los secretos de la naturaleza, sentando á su paso por todas partes, conclusiones también luminosas que deshacen el misterio, alumbran lo desconocido y revelan el secreto que mantenía oculto la naturaleza. Así pues; el entendimiento en la marcha legítima de la ciencia,

traza una estela brillantísima: parte de la luz de los principios, y sembrándola en todas las regiones que atravieza con el establecimiento de sus monumentales conclusiones, termina en la luz del conocimiento cierto y evidente.

Bellísimo, encantador es el cuadro que presentan desde este punto de vista, los conocimientos verdaderamente científicos; pero encantadora belleza que nuestro sistema reemplazará seguramente con el abismo de las tinieblas y del error, dogmatizando y enzañándose contra Dios, luz infinita, manantial y principio de toda luz.

En cuanto al segundo especial carácter de los conocimientos científicos, son éstos la emanación lógica de los principios y conservan con ellos tal dependencia y unión tan estrecha, que los reclaman con imperio y, sin que sea posible desviación alguna, vuélvense á los mismos en confirmación de su verdad y certeza. Mas estos principios, síntesis hermosísima de la ciencia humana, piden á su vez romper los diques, salvar las fronteras del orden de la naturaleza, para entrar de lleno en el océano infinito de la luz increada y recibir allí de Dios, también la confirmación suprema de su verdad y certeza. De lo cual se ve que, negando á Dios el ateísmo, relegándolo al olvido y sepultándolo en el abismo de la nada, destruye de un solo golpe la estructura genial de la ciencia, acaba con el distintivo especial de los conocimientos científicos y hace así pedazos la escala refulgente por donde la inteligencia sube al cielo y el hombre se avista con Dios.

¿Y cual podrá ser el resultado genuino de tan colossal destrozo? La obscuridad, las tinieblas y el error, en vez de la claridad, la luz y la ciencia.

Al oírme hablar de la manera que lo acabo de hacer, pensará tal vez nuestro sistema, que, sirviéndome de las doctrinas de una filosofía odiada siempre por él, no hago sino desahogar una pasión prejudicial que abrigo en contra suya.

Pero nó, señores: lo que puede hacer y que acabo de señalar, es en efecto, lo que realmente ha hecho el sistema en el mundo de la ciencia. Lo haré notar brevísimamente en algunos de los principales ramos del saber.

Huyendo siempre de la presencia de Dios como las tinieblas huyen de la luz, el ateísmo suprime varias ramificaciones de la ciencia, y en aquellas que conserva, cierra todavía las puertas á Dios de la manera más desgraciada para los intereses de la ciencia misma.

En primer lugar suprime la Teología y con esta supresión hace la de todas las ciencias propiamente sagradas.

Y en verdad que si el ateísmo se deja ver en esto por una parte, descarado enemigo de la ciencia, no puede negarse que, por otra, procede con toda lógica en el caso. Pues si Dios no existe, si es una pura nada que vanamente preocupa, como siempre lo ha dicho el sistema, la Teología no tiene razón de ser y debe desaparecer con todo aquello que tiene atmósfera sagrada.

¡Adios, pues, para siempre, ciencia teológica! Te vas y te vas para no volver, porque nuestro sistema progresista no ha encontrado en tí lo que veía el Conde de Maistre cuando decía: "Se pregunta porqué hay una cátedra de Teología en las Universidades? La respuesta es la siguiente: Con el fin de que las Universidades subsistan y de que la enseñanza se mantenga siempre á cubierto de toda corrupción."

Consumado este crimen anticientífico, el ateísmo vuelve la vista hacia el campo extensísimo de las ciencias naturales para estampar en ellas el sello de su propia fisonomía. Pero ¡qué fisonomía, señores! Nuestro sistema sabe muy bien que desde los últimos principios de una ciencia se divisa inmediatamente á Dios de quien todas proceden, y por esto, en esas avanzadísimas fronteras ha puesto lo que favorece á sus intereses, sin advertir seguramente, que con ello destruye los de la ciencia misma. Veámoslo si nó:

La filosofía del ateísmo no reconoce las causas, ¿y sabéis porqué? porque su estrecho enlace le haría reconocer también la Causa primera. Su Metafísica abandonó para siempre los principios, porque su luz le pondría en presencia de la luz misma de Dios. Su Cosmología explica la existencia de todo el mundo, incluso el hombre, por un periodo atómico, para no hacer mérito de la fuerza credora que le haría caer de rodillas delante del Creador de todas las cosas. Su Fisiología echa un velo sobre la fuente infinita de la vida, con cierta fuerza misteriosa del átomo, evitando así hallarse á las últimas en el santuario mismo de la Divinidad. Su Psicología materializa el alma, porque de otra manera su espiritualidad le obligaría á rendir homenaje de adoración al Dios que ha negado. En una palabra, señores; si continuáis por vosotros mismos, la observación de las restantes ciencias naturales, después de haber pasado éstas por las manos del ateísmo, en todas encontraréis visiblemente la huella de su fisonomía con la suplantación de principios anticientíficos, principios que no lo son y que, sobre no serlo, destruyen completamente la naturaleza de la ciencia.

Y esto que vosotros encontraréis, en unión de lo que á grandes rasgos dejo asentado, nos ponen de manifiesto que nuestro sistema en su eterno afán de negar á Dios, coloca el misterio, hace la noche y entroniza el error, allí donde debía poner la claridad, hacer el día y levantar el trono del verdadero saber.

Señores, no hay para qué insistir más, haciendo ver cómo un sistema, que se ha presentado á la humanidad en calidad de progresista y científica, negando á Dios, es en verdad la teoría satánica del retroceso en la Moral y del obscuratismo en la Ciencia. Sus mentidos progresos en orden á la voluntad humana, ya lo habéis visto, llevan al desenfreno y á la barbarie de las costumbres, una vez rota, en la negación de Dios, la palanca del Bien soberano que da el equilibrio en la esfera moral. Los que realiza en el entendimiento, no son

menos desastrosos y fatales: la esplendorosa luz de la ciencia, viene á ser el horroroso espectro de las tinieblas, apagada la luz increada que baña con sus eternas refulgencias la esfera serenamente luminosa del verdadero saber. Es pues, el ateísmo una colosal superchería que debe ser conjurada en nombre del progreso y de la ciencia.

Para concluir, diré últimamente: La negación ateísta se haya muy lejos de merecer siquiera sea un ligero movimiento de simpatía de parte de aquellos que veneran el progreso y dan culto á la ciencia. En consecuencia, vosotros que me habéis seguido en su examen la reprobareis indudablemente, para continuar afiliados al progreso y á la ciencia que reconocen á Dios por su faro inapagable.

He dicho.



lanuada noyon

DISCURSO

PRONUNCIADO

LA NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE

DEL PRESENTE AÑO,

por el Señor Catedrático

PRESB. D. PONCIANO PEREZ,

EN LA SOLEMNE

DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL

Seminario Conciliar de Leon.



LEON.

IMPRESA DE JOSÉ M. MONZON.

Casa de la Condesa.

1877.